|  |
| --- |
| **Diego el estudiante** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 05 / 2006 |
| Las clases grandes y amplias de Estudios Generales Letras en la Universidad Católica me devuelven el placer de una cierta forma de enseñanza que se pierde con los grupos necesariamente más pequeños con los que el profesor se encuentra en especialidad o aquellos que caracterizan a las secciones del colegio, el León Pinelo, donde dicto una vez a la semana. Además, los primeros son un público cautivo compuesto por gente que ya hizo una elección vocacional y se ha adentrado en el estudio de una disciplina, mientras que los segundos mantienen con el maestro un vínculo de naturaleza casi familiar.  En Estudios Generales, sin embargo, las cosas son distintas. Nada está garantizado y en cada clase se debe renovar la relación docente - estudiante que consiste en un interés volátil y escurridizo en la medida en que el primero habla de cuestiones globales y el segundo se está sometiendo a una obligación que eventualmente nada tiene que ver con el curso que seguirá su carrera posterior. Es un público en cierto sentido más exigente, más sensible a la intensidad del momento, menos solemne, más alerta a la relevancia cotidiana de los temas y más dispuesto a apreciar el humor en la exposición de los mismos.  Estaba tratando el tema de la evolución psicológica, el desarrollo de la mente a lo largo del tiempo, las fases del desarrollo intelectual y emocional. Pero para plantear un telón de fondo, me referí al hecho de que, contrariamente a la infancia y la pubertad, la niñez era una etapa definida mucho más por la cultura que por la biología. Pedí que alguien definiera un niño. Silencio. Reiteré la pregunta y volví a encontrar miradas evasivas y ninguna mano levantada. Recurrí, entonces, a Diego. Estaba sentado en la primera carpeta de la segunda fila comenzando por el lado izquierdo. Había estado prestando una atención oscilante a mis palabras, básicamente cuando al hablar de los procesos de aprendizaje, me había referido a ratitas que aprietan pedales o reciben descargas eléctricas. El resto del tiempo, miraba de reojo y volvía luego a una hoja de papel arrancada de algún cuaderno en la que hacía notas despreocupadamente.  “¿Cuál es tu nombre?”, le pregunté. Me miró sorprendido, pero su sorpresa duró segundos y, sosteniendo mi mirada, respondió: “Diego”. Me sonrío y se acomodó en la carpeta. “¿Y cuántos años tienes?”. Pues bien, Diego tiene 5 años. Y me ayudó enormemente a sustentar el punto de vista hecho sobre la niñez. Siguió un intercambio animado y lleno de sorpresas. Diego dijo que él era un niño y que los demás en el salón de clases eran grandes. Que él sería grande cuando cumpliera 10 años. Que quería crecer para hacer cosas que ahora no podía realizar. Que iba a ser granjero, tenía 2 granjas y muchos animales. Que la persona de su costado era su hermano. Que quería aprender a leer para entender cosas que ahora no entendía. Entre otras cosas.  Hay culturas en las que a los 10 años se es grande y otras en las que se ingresa en esa categoría mucho más tarde. El asunto depende del espacio que la sociedad define para cada edad más que de los años vividos hasta un momento determinado. La sociedad urbanizada e industrial delimitó claramente dentro de las paredes de la escuela el lugar de los niños, allí donde aprenden a leer y luego, leyendo, aprenden lo demás que necesitan para producir y reproducirse. Hoy la cosa no es tan clara. Diego, en vacaciones del colegio, asistió, con compostura intachable y posterior desempeño admirable, al espacio universitario acompañando a su hermano. De paso, es algo que veo cada vez más en el campus. Tiene que ver con cambios en la delimitación de los espacios de cada etapa del ciclo vital y las funciones y roles. Diego, los otros estudiantes y yo estamos vestidos de la misma manera, hablamos la misma jerga y por 2 horas de clase coincidimos en el mismo lugar.  Hace 10 años esta escena hubiera sido impensable en todos sus aspectos. Me alegro que hoy lo sea. Adultos de distintos tamaños o niños de diferentes tallas, nos despedimos hasta la próxima clase, no sin antes haber agradecido a Diego su contribución, prometido que compartiría con él mi retribución económica, haberlo llamado cuando tomé lista y haber chocado nuestras manos cuando nos encontramos en la salida. |
|  |